

## EL SERMÓN DE LA MONTAÑA

(Inédito)

*La peculiar relación de Vasconcelos con el catolicismo es uno de los temas claves de su biografía. Tras la fervorosa formación católica transmitida por su madre siguieron años, quizá décadas, de extrañamiento e incluso de cierto rechazo. Finalmente, luego de un largo periplo por estaciones místicas y filosóficas muy lejanas al catolicismo —de Schopenhauer a Pitágoras, de Plotino a Tolstoi— Vasconcelos volvió al seno de la religión materna. ¿Cuál fue la historia personal, cotidiana del reencuentro? En su vejez, ¿halló paz de alma*

*aquel hombre magnánimo, apasionado, contradictorio, atormentado? El texto que reproducimos ahora gracias a la gentileza de Doña Carmen Vasconcelos viuda de Abumada y del Ingeniero José Ignacio Vasconcelos revela, cuando menos, un momento de íntima reconciliación. Fue escrito, probablemente, pocos años antes de la muerte en 1959. Perteneció a unos Apuntes para la vida de Jesús que Vasconcelos dejó inéditos.*

E.K.

JESÚS COMIENZA SU PREDICACIÓN PÚBLICA con el Sermón de la Montaña, que es como un resumen de su doctrina sublime. Se descompone el discurso en tres o cuatro partes que son como los temas de una sinfonía completa de las venturas y los riesgos del alma. A manera de exordio, empieza con las bienaventuranzas y su contraparte que son las desdichas o maldiciones que recaen sobre el pecador. En el cuerpo del discurso se precisan las obligaciones esenciales de los fieles y las ventajas que derivan de su observancia. Define en estos preceptos la manera como el evangelio complementa y reforma la antigua ley mosaica y al enseñar el modo como debe practicarse la plegaria redacta la oración suprema del Padre Nuestro. En seguida, en una suerte de epílogo, promulga determinadas reglas conducentes a la salvación. Y concluye con la parábola del hombre que por no seguir las prácticas sabias, construye su casa sobre arenas y ve que se la lleva el temporal.

El lugar no dista mucho de Cafarnaúm y la orilla del Tiberiades. Jesús camina por el llano con los apóstoles. Los campos están risueños bajo el sol del atardecer. Por la comarca, ha corrido la buena nueva despertando los corazones a la esperanza, y de todos los rumbos acuden discípulos y curiosos. Vienen unos de Jerusalén, otros de Tiro y de Sidón. Llega un momento en que la multitud detiene el paso del Maestro. Y este decide subir a una colina inmediata para mejor dominar su auditorio. Está despejado el ambiente y se halla serena la conciencia. La naturaleza misma parece hallarse en suspenso, tal como en esas calmas engañosas del mar en que el viejo marino reconoce el presagio de la tormenta. Pues en la revelación que está próxima a manifestarse hay dulzura celeste, pero también la advertencia de los resultados de la negación del amor. La lección que va a salir de los labios divinos es la carta fundamental del cristianismo, más importante que los mandamientos dictados a Moisés en el Sinaí. No hace falta como entonces el aparato exterior que rodeara a Jehová: truenos y voces solemnes, porque Dios se ha hecho hombre y habla en el lenguaje sencillo de una conciencia iluminada.

En el Sinaí se dictaron las reglas de la vida en el mundo y ahora van a darse las condiciones indispensables a la conquista de la vida celeste. Expectante y conmovida, la multitud aguarda. Según el Evangelista Lucas, médico de profesión, los que se hallaban atormentados por los espíritus impuros se sintieron curados y todos los presentes procuraban tocar a Jesús por la virtud que de él fluía y los curaba. Y levantando la mirada sobre sus oyentes, el Señor abrió la boca y enseñó las Bienaventuranzas.

Se llamaban las Bienaventuranzas (las Beatitudes en francés) las salutationes y promesas con que se inicia el Sermón de la Montaña. El músico belga Cesar Frank compuso en torno a ellas, una serie de trozos sinfónicos que ayudan a reflexionar en la profundidad de la letra sagrada. Todas las artes juntas y las reflexiones de todas las filosofías apenas expresan en parte el misterio que se contiene en el mensaje sobrenatural. Son ocho las Bienaventuranzas escritas en lenguaje rimado a estilo hebreo. A un tiempo alta poesía y verdad desconcertante.

Y al revés de Moisés que comanda, el Mesías exalta, congratula, a los que reúnen los requisitos de la salvación:

*Bienaventurados los pobres de espíritu porque de ellos es el Reino de los Cielos.*

Las dulzuras, las sonoridades del canto gregoriano, las alegrías melódicas del ritual griego, las inspiraciones de los más grandes músicos no han acabado de extraer los raudales de dicha celeste que las palabras sublimes arrancan del corazón de la humanidad...

Por *pobres*, se entienden los voluntariamente pobres y los que siéndolo a pesar suyo viven resignados por su pobreza; y por pobreza se entiende no la carencia de lo indispensable sino el despego de los bienes materiales y la humildad de corazón que nos hace sentirnos poca cosa en la presencia divina y una humilde capacidad de auxilio delante de nuestros semejantes. Humildes pero a la vez orgullosos de nuestra humana dignidad, que no se doblega ante el poderoso si se trata de defender la justicia. Humildad terrible de los mártires

que mueren sin desafío, pero sí imperturbables y serenamente obstinados. Orgullo terrible de los santos que no reconocen otra ley y otro mandato que la norma divina.

No se trata de exaltar la estulticia, ni de consagrar la pobreza del perezoso. La ley del trabajo no queda abolida. Pero se enseña que el hombre no debe hacerse esclavo ni del trabajo, ni de sus frutos, no ha de ser esclavo del útil o la máquina, tampoco de sus creaciones, así se trate de la más complicada forma de civilización.

Saberse pobres en recursos morales, no sólo en bienes de la tierra, pobres limitados en cuanto a inteligencia; he aquí en esto último una inversión de la sabiduría budista, por ejemplo, que cree hallar la liberación en el conocimiento máximo, en la comprensión de la futilidad de la vida. Lejos de esto, Jesús predica una conciencia humilde, pero a fin de que se mantenga alerta a la verdad del misterioso mensaje. Una inteligencia que se ha librado de los prejuicios de la falsa ciencia y se entrega a la confianza del Dios Padre y Creador que en modo infinito nos sobrepasa. Pobres son, pues, los que se sienten necesitados del poder divino, y a él se entregan en abandono inocente.

Produce esta confianza sublime, una dulzura en el carácter, una mansedumbre en la conducta, pero siempre con la reserva de mantenerse intransigente ante todo lo que corrompe la gracia, ante toda violación del amor y su justicia.

Tan humildes hemos de ser que no podemos amarnos a nosotros mismos, porque sólo el amor de lo perfecto, o sea el amor divino, es ruta segura de la eternidad.

*Bienaventurados los dulces y mansos de corazón, porque ellos dominarán la tierra.*

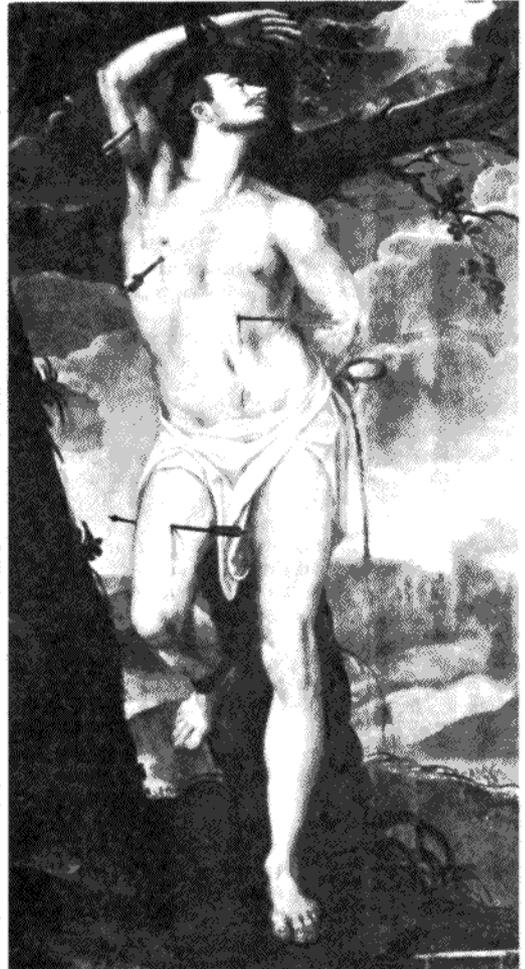
Quiere decir que desde aquí abajo, la dicha se da a los libres de odio y de envidia, soportan las calamidades con resignación y ven en el dolor una prueba; en la victoria del mundo un azar, en la vida un misterio que se aclara mejor cuando no se le exige lo que en su miseria mal puede dar. Virtud de la paciencia que es tan difícil de conquistar y que es sin embargo el signo de los verdaderamente fuertes. Un profundo escepticismo de lo simplemente humano hay en esta mansedumbre que es necesario no confundir con la indiferencia respecto del bien y la justicia, menos aún con la complacencia con los poderes injustos de la tierra. Mansedumbre para con los errores y abusos del prójimo, pero no complicidad con los tiranos y con los malvados. Posición muy distinta de la del estoico, que se abstiene de hacer el mal porque lo desprecia desde la torre de una fría superioridad. Todo lo contrario, ante el mal: dulzura que compense el pecado original del hombre. Y, frente a la violencia: mansedumbre que contraste con la bestialidad; pero mansedumbre respecto al débil, al desamparado y también respecto del semejante; no servilismo que dice sí al tirano. Activa tenacidad de bien contra todas las incitaciones del mal. Mansedumbre que no impide tomar del cuello al agresor para impedirle que dañe, pero sin ánimo de venganza, sin contagio de odio.

Y también paciencia para vencer dentro de la propia conciencia el arrebató y la cólera, la envidia y la ambición injusta.

Esforzada voluntad que recomienza tras de cada fracaso y se mantiene equilibrada en la fortuna próspera y también en la adversa. Sin arrogancias y sin claudicaciones. Mas que el heroísmo pagano es esta fortaleza del justo cristiano que sabe conservar en los labios la sonrisa y en el pecho (y sin perjuicio

de la fuerza noble) la ternura casi sublime. Por eso también aun el guerrero cristiano ha podido vencer a los más feroces combatientes de otras religiones, porque puede más la viril mansedumbre que la cólera ciega. Y en este sentido también a través de la historia se ha cumplido la bienaventuranza, porque a partir de Cristo aún el dominio de la Tierra se da a los pueblos en quienes domina el espíritu de Cristo y ya no a los despotismos bárbaros de Oriente, tampoco a los salvajes que cuentan el valor por el número de cráneos que han partido. Vence a la postre el soldado de Cristo porque está escrito que aun el reino de la tierra, pertenece a los humildes.

A partir de Cristo, puesto que antes la historia era patrimonio de los Nabucodonosores y los Daríos, los Huichilobos aztecas y los degolladores tártaros. Sobre todos ha prevalecido la civilización cristiana, pese a sus imperfecciones y sus culpas.



Francisco de Zurbarán: San Sebastián (destruido por el fuego en 1967)